

LA COEXISTENCIA PACIFICA

Está fuera de toda duda que el mundo va desembocando en la actualidad a su proceso más crítico y decisivo, en medida tal que no tiene parecido en la historia. Se halla en juego el porvenir de los pueblos y el destino de los hombres a través de formas diametralmente opuestas de concebir el papel de la existencia humana, de orientar los caminos de la convivencia, de resolver los problemas de la subsistencia.

No es menester detenerse a señalar y valorizar en estas líneas el contenido y las proyecciones de cada corriente, si, por lo demás, criterios y posiciones halláanse, en modo general, definidos. Mas, el hecho trascendental de las dramáticas horas que vivimos radica en que la táctica de absorción, que constituye el final objetivo de un bando, trata de imponerse y afirmarse aceleradamente, sirviéndose del más certero de los procedimientos. Queremos referirnos a la fórmula consistente en la llamada coexistencia pacífica.

Conocida es la clásica posición que Marx y Lenin imponen al comunismo en su designio de dominación universal, buscando previamente acabar con todo vestigio del sistema capitalista mediante la destrucción violenta de tales regímenes en el mundo. No fué otra la línea staliniana, siempre ajustada a la aspiración de un triunfo integral por medios militares o, de todas maneras, radicales y sangrientos. Pero la etapa presente se define por un nuevo rumbo que, adoptado inicialmente por el propio Stalin en etapas postreras, ha cobrado, por obra de Jruschev, los más dilatados relieves propagandísticos.

Concrétase esta modalidad en aquella postura mediante la cual, frente a los viejos planteamientos de la guerra total—que actualmente se pretende subsistan, por parte del ala comunista china—, el jefe soviético ruso ofrece el señuelo de una política de convivencia.

La posición china, al mantener la necesidad de la extirpación violenta

y total del capitalismo, apoyándose en los dictados de Lenin, pretende desestimar la magnitud de las consecuencias destructoras de una guerra nuclear y contempla en todo caso cierta invulnerabilidad en las dimensiones de su propio territorio y en que su población diseminada como en infinitos hormigueros, habría de sobrevivir a las potencias que llama imperialistas, para edificar sobre sus ruinas e imponer la nueva civilización de molde rígidamente comunista sobre el planeta. Se aferra, en suma, al viejo dogma de la implacable lucha revolucionaria, condenando toda tregua o política de conciliación con el capitalismo como una abierta traición a los postulados esenciales de la doctrina marxista.

En manera tal, la actitud rusa de propugnar por boca de Jruschev la política de la coexistencia pacífica, como que estuviese tendiendo la mano hacia una relación conciliatoria. Suele darse por establecido que, en el campo de los principios, esta postura podría comportar normalmente el camino civilizado y humano de una comprensión respetuosa y de un consciente pacifismo. Ha llegado a insinuarse, inclusive, que aún daríase lugar a un orden de competencias mediante el que, sin hostilidad, cada sistema se dirigiese a demostrar en su correspondiente sector geográfico la bondad de sus métodos y la eficiencia de sus resultados para resolver los problemas humanos y sociales y tratar de poner en evidencia su capacidad para alcanzar el máximo bienestar de los asociados. No han faltado diplomáticos optimistas del mundo libre que hubieron de hallar que esta modalidad, sustentada sin aviesos propósitos y practicada honestamente, significaría el advenimiento de una categoría de relación a expensas de la que las dos grandes órbitas antagónicas moveríanse ciñéndose a un espíritu de convivencia genuina que, por lo mismo que se dice pacífica, habría de canalizarse por procedimientos que aseguren recíprocamente el irrestricto acatamiento a la dignidad de la persona humana y a la soberanía de los Estados.

Grandes realidades, lo mismo que hechos aparentemente aislados, imponen, sin embargo, que la posición soviética de la convivencia pacífica deba ser analizada, así fuere en sus más ostensibles rasgos. Y no bastará mirar tan sólo las formas concretas de aquella posición, pues interesa, aún más, examinar la propia sustancia doctrinaria de la que emanan esos hechos, sus métodos peculiares derivados de postulados básicos y, más todavía, planteamientos conexos enunciados por el señor Jruschev, como han venido a ser la denominada postura anticolonialista y el mantenimiento de la guerra fría por todos los frentes.

Ante todo, de la última Conferencia en la cumbre llevada a cabo en Viena, no únicamente no aparecieron indicios de ningún género que guardasen armonía con la línea de coexistencia pacífica que con tanta insistencia venía alardeándose, sino que, aún más, reapareció en su plenitud el perfil de la intemperancia staliniana. Comenzó descubriendo el primer ministro soviético, con su habitual desenfado, el fondo permanente de su inspiración, el medular objetivo de todas sus actitudes, cuando se solazó en anunciar, en forma altisonante, el triunfo mundial del comunismo (¿Puede defenderse el concepto de coexistencia—pacífica o no—cuando se predice la anulación de la otra parte por acto del adversario?). Y en el único punto que manifestó una disposición de acuerdo, en el conflicto de Laos, la suspensión de hostilidades prometida apenas fué un recurso verbal de circunstancias o una cómoda salida del compromiso, porque al amparo de aquel convenio, las fuerzas comunistas supieron intensificar su campaña agresora y siguieron extendiendo su conquista para dar paso a una nueva victoria en la constitución de un Gobierno denominado neutralista, cuyo ineludible papel ha de reducirse finalmente a facilitar su labor a los agentes de Pekín.

Tratándose ya de la posición en sí misma de la convivencia pacífica, cabe señalar que ella resuélvase, por lo menos, en tres facetas concurrentes, en cada una de las cuales se hallan implicadas varias formas que llevan la finalidad de dar aceleración y ambiente a la expansión comunista. Así podemos ver, por una parte, los recursos y procedimientos que esa política en sí misma entraña; luego, la acción derivada de la tesis del anticolonialismo; y, por fin, las modalidades y efectos propagandísticos de la guerra fría, en cuyos programas se cifran los designios de la línea política general. Trátase, pues, en realidad, de un conjunto de caminos y modos que se dirigen a cumplir, sin comprometerse en las contingencias o en los sacrificios de la contienda bélica, los consabidos propósitos de dominación universal.

La táctica—que así debe llamarse—de la convivencia pacífica permite a Moscú las manos expeditas y el camino llano para continuar desde fuera, en el mundo libre, la infiltración sistemática y suscitar, por todos los medios a su alcance, la explosión interna. Estos dos objetivos tienen un vehículo eficaz y a veces infalible, en el que obra desde luego básicamente el esfuerzo de la propaganda y la consiguiente agitación: los partidos comunistas. Estos viven y prosperan cabalmente, por singular paradoja, bajo la

cándida protección que les prodiga la libertad institucional de los Estados del mundo occidental, casi en su totalidad.

La primera y fundamental concreción de esa convivencia obra a través de las relaciones diplomáticas. Si éstas aún no han llegado a establecerse, no faltarán otras formas de obvia penetración, cuyo movimiento estará siempre garantizado por los sistemas democráticos.

La representación estatal actúa con procedimientos que han venido consagrándose ya casi sin protesta: las misiones diplomáticas del Soviet y de cada uno de sus satélites se hallan constituidas por un personal cuyo número excede en modo casi inverosímil para las circunstancias a todas las prácticas normales en este orden; inversamente, el personal diplomático del mundo libre en Moscú, en Praga, en Varsovia o en donde fuere, se limita a los efectivos estrictamente indispensables. Y en tanto éstos hallanse constreñidos férreamente en sus movimientos y actividades, con violación de toda práctica internacional, aquéllos, en el mundo libre, usarán en plenitud y, sobre todo, abusarán sin medida de los privilegios inherentes a su investidura.

De esta sola realidad parten ya inmensos recursos de penetración a través de un ejército de agregados que sabrán desenvolver su cometido, con metódica precisión y eficiencia, lo mismo en los contactos francos y desembarazados que en múltiples intrigas clandestinas, en variados sistemas de soborno y en la dirección y acción del espionaje. Sobre esta materia, entre tantas denuncias que han ocasionado conmoción, tiene especial significado aquella formalmente expuesta por el ex presidente del Consejo Nacional del Gobierno de la República del Uruguay, Benito Nardone. Y sirviéndose de organismos sindicales y de relaciones culturales, de misiones técnicas y de contactos económicos y comerciales, de difusión artística y hasta de competencias deportivas, alcanza la vigencia del plan, fríamente premeditado y eficazmente organizado y realizado, de coordinadas maniobras para la final conquista perseguida. Sectores universitarios, grupos intelectuales y de modo especial los vastos conjuntos de trabajadores manuales habrán de constituir los campos de los más intensos ajetreos para la consiguiente captación. Tomando como punto de apoyo el núcleo principal de la agitación que son las minorías comunistas, pero usando constantemente de depurados sistemas de simulación, la infiltración alcanza formas y concreciones no sospechadas.

Jamás en el mundo, en el orden de las contiendas políticas, se ofreció el caso con tan radicales caracteres en que un credo de alcance definida-

mente universal desborde en sus impulsos expansivos los móviles de la conciencia colectiva, de la acción y de la lucha, por encima de las fronteras, de las nacionalidades y de las razas. La fuerza de penetración y el audaz vigor de la beligerancia, maestramente orientadas y alimentadas, de las minorías comunistas en cualesquiera de los países democráticos conviértelas en bastiones poco menos que ineluctables.

No es menester detenerse a señalar cuantas maneras y procedimientos del más aguzado ingenio, fruto de largas experiencias conspirativas en el mundo, son puestas en juego, en obediencia a las pertinentes instrucciones de los *burós* moscovitas y de sus agentes locales. Suelen ser directivas tanto permanentes como circunstanciales, meticulosamente elaboradas en función del específico intento y de las condiciones reales propias de cada zona. La invocación de la paz, como anhelo, como objetivo, como bandera de propaganda y como elemento de unificación, constituye el reclamo constante para el máximo incremento de prosélitos de buena y mala fe. El hincapié de esta campaña consiste en dar por establecido el belicismo de las potencias occidentales, para asumir el liderato del ideal pacifista y del propósito de convivencia, con el fin de inducir a los pueblos a su órbita, a través de estos anhelos.

Todo este complejo engranaje de arbitrios y expedientes consigue, como es dable suponer, sus resultados más fructíferos entre pueblos subdesarrollados. Sus características humanas y sociales dan suficiente pábulo para estimular y encender el fervor revolucionario en las sociedades de masas, cuyos conglomerados, en general desprovistos de toda cultura, encarnarán las mejores condiciones para encadenar su conciencia y su acción. Allí también el político logrero y el demagogo profesional, lo mismo como aliado que como adversario vulnerable en el poder, habrán de constituirse en agentes coadyuvantes, conscientes o inconscientes, de la conjura internacional.

Y el proceso de subversión, en largo o en corto plazo, ha de dar su resultante en el estallido revolucionario, que puede manifestarse desde el primer instante en su abierta faz de alcance comunista, o proceder, como en el caso cubano, sin escándalo ni estridencias iniciales, en pasos sucesivos, hasta desembocar sin embozo en órbita, dirección y acción, con métodos y elementos rusos, chinos y checoslovacos. Por cierto, lo buscado en todo instante es que la insurrección aparezca como el pronunciamiento y la expresión genuinos del pueblo.

¿Para qué, entonces, la guerra? La maniobra pertinaz, fría, pero técni-

ramente dirigida en cada uno de los países de la zona libre, plantea expectativas seguras y rutas expeditas, sin necesidad del recurso de la destrucción ni los graves peligros de la represalia.

Y he aquí que, al fin, en forma más terminante y explícita que en otras ocasiones, en estos propios días de la nueva crisis de Berlín, el señor Jruschev ha arrojado la careta expresando que «dos rusos están contra la guerra», pero prediciendo luego que «la humanidad se hará comunista sin necesidad de conflictos bélicos».

Tampoco se debe olvidar que la tesis de la convivencia pacífica, de otra suerte, comporta simplemente un biombo para el apaciguamiento; y muy crueles experiencias tiene la humanidad de que la política de apaciguamientos es apenas la puerta franca para mayores conquistas por parte del agresor. Y es muy significativo que, finalmente, el presidente de los Estados Unidos de América, bien penetrado de esta realidad, se ha referido a la coexistencia pacífica señalando, en perspicaz expresión, el obvio contenido que ella entraña para la intención soviética: «lo mío es mío; lo tuyo ha de ser negociado».

La denominada posición anticolonialista no representa sino un soporte auxiliar, aunque muy eficaz, de la política de coexistencia pacífica con su proyección específica en la guerra fría. En realidad, no comporta nada diverso que un alucinante *slogan* destinado a la captación de determinados pueblos, de vastas zonas, y su ulterior incorporación, en un proceso adecuadamente preparado, al mundo comunista. Sobre esta línea política, el método en sí mismo, la intención y el objetivo se han puesto en clarísima evidencia y ya no es posible llamarse a engaño. Muchas veces, esta llamada lucha anticolonialista, antiimperialista, llega a confundirse con una lucha contra los Gobiernos no comunistas y suelen calificarlas de guerras de los pueblos por su liberación nacional, ayudadas a fondo por los países comunistas, pero que se pretende hacerlas aparecer como explosiones espontáneas de aquellos pueblos. El objetivo es siempre el mismo.

Con tal pretexto de ataque, el comunismo no persigue únicamente allanar el camino para conseguir la posesión de un continente y otro, sino, además, haciendo uso de la habitual estrategia del demagogo, busca encubrir su propio delito, anticipándose a imputarlo al adversario. Pretende con tal maniobra erigirse en el adalid de la paz, de la justicia y de la libertad de los pueblos.

Bien conocida es, por cierto, la trayectoria comunista en esta materia. Se ha calculado en casi ochocientos millones de seres humanos los que han

sido sucesivamente sometidos a su imperio, sirviéndose de todos los medios que le son usuales. Larga es la lista de zonas y de naciones. Comenzando por la sección de Karelia, usurpada a Finlandia, la acometida insaciable ocupa parte de Polonia, las tres naciones bálticas que siguieron a Ucrania, Georgia, Armenia, Rusia Blanca; y luego en etapa subsiguiente, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Albania, la Alemania Oriental y el norte de Corea, y, con el régimen gemelo de China, al que ayudó, el nuevo estado de Vietnam del Norte. El proceso en marcha que viene culminando ya en la América hispana con el régimen castrista, asoma ahincando sus empeños para poner en ejecución todos sus recursos y, entre ellos, desde luego, el consabido clamor antinorteamericano, bajo la misma divisa de ataque al imperialismo.

Mas, aquí no se puede dejar de mencionar, entre otros aspectos, que, si por una parte, los Estados Unidos de América no tienen colonias, los testimonios de ayuda humanitaria de ese país destruyen toda imputación de la naturaleza aquella, ya tan sólo recordando los beneficios del Plan Marshall y los actuales de «Alianza para el Progreso», para no enunciar sino lo de mayor envergadura. Y en tanto que posesiones y dominios de las potencias de Europa han salido y siguen saliendo a la condición de soberanos por obra del aliento cultural y la escuela de ordenación política recibidos del Viejo Mundo, no se puede dejar de contemplar la gran realidad histórica en que se asientan no pocas nacionalidades contemporáneas de inmenso destino. Recuérdesse, además, el conjunto de naciones del Continente americano al que la egregia España, en su obra civilizadora, alimentó, configuró y dió lozana madurez con su sangre y con su espíritu.

En cambio, las naciones—que así deben llamárselas—sometidas al yugo del bloque ruso-chino, encarnan sólidos grupos de vieja raigambre y bien definida tradición cuya personalidad viene de lejos en los planos étnico, cultural y político. Y lo mismo de Lituania, Hungría o el Tibet, por ejemplo, nunca puede afirmarse que se hayan agregado voluntariamente al régimen que los oprime; pues, por una parte, ya se sabe, las condiciones de superior violencia en que fueron cometidos, y, de otro lado, hoy sus pueblos se hallan muy lejos de la posibilidad de expresar su genuina voluntad.

Bien cabe, pues, destacar que, al tenor del régimen impuesto en cada uno de estos pueblos, el precitado anuncio del dominio final del comunismo en el mundo, no significa sino la proclamación de la hegemonía del

Soviet supremo, o sea, en realidad, la plena y patente consagración del más absoluto sistema imperialista en escala universal.

De aquí que, en este aspecto, la tendencia fundamental del comunismo se dirige a deshacer todo nexo de países vinculados a los Estados Unidos de América, así por una relación de carácter económico o por una solidaridad política en el ámbito democrático. Búscase primordialmente conseguir el mayor debilitamiento de este país, anulando su influjo internacional, destruyendo sus lazos económicos y comerciales, concitando por todos los medios la animadversión de pueblos beneficiados y de naciones amigas.

Una campaña en escala relativamente menor, aunque no menos firme, actúa contra los países europeos que conservan colonias y otras relaciones que comportan un ascendiente de alcances políticos.

Y el anticolonialismo, así, no entraña otro contenido que la finalidad nada oculta de ocupar el lugar de los Estados acusados de imperialistas; mas, por cierto, con los métodos de absorbente y tiránica sujeción universalmente conocidos en la dominación soviética.

En el Africa se ha intensificado la acción haciendo uso de los más hábiles recursos, con resultados positivamente propicios para los anhelos del comunismo y, sin duda alguna, con expectativas de mayores logros a corto plazo. En las zonas asiáticas, por otro lado, continúan los más atrevidos planes en marcha. En todos estos casos conviene tener presente que, siempre, las posibilidades del buen éxito se producen en relación inversa con el grado de cultura de los pueblos afectados. La política de una sagaz infiltración surte más firmes efectos en tanto actúa entre masas ingenuas y desprevenidas; y la siembra y propaganda a través de grupos de nativos, adecuadamente amaestrados en Praga y en Moscú, están alcanzando, en más de un pueblo africano, resultados de notoria efectividad para la extensión de la campaña marxista.

Hispanoamérica es, a la vez, el teatro en donde, en los últimos tiempos, la consigna de este tipo de esfuerzos está adquiriendo los caracteres de una cruzada en grande. Conquistada la isla antillana como una valiosísima cabeza de puente, han surgido de pronto los más amplios recursos para el eficaz cumplimiento de los designios soviéticos. Han podido salir a la luz aun cifras precisas de ingentes capitales que para tal fin han sido destinados, y son innumerables los agentes que, con la etiqueta de comunista y sin ella, están devengando copiosas remuneraciones en el cometido que les ha sido impuesto.

En estas partes de América, por supuesto, en la bandera de la lucha contra el imperialismo norteamericano, pretendióse cifrar la razón de ser más saliente de la campaña. En estos países, las condiciones corrientemente adversas en ciertos campos y especialmente en el económico, constituyen a la vez el sólido punto de apoyo para la propaganda entre las masas, agobiadas ciertamente y en grandes proporciones por la miseria, la ignorancia y la enfermedad.

Y la coexistencia pacífica viene coordinándose, aunque parezca extraño y paradójico, con la guerra fría. Naturalmente, el instrumento de propaganda radica en la apelación a la paz, juntamente con los consabidos lemas. He aquí las palabras del señor Jruschev pronunciadas en el XXI Congreso del Partido Comunista: «La mayoría de los países coloniales y semicoloniales, que no hace mucho constituían las reservas y la retaguardia del imperialismo, han perdido ya ese carácter. Como resultado de una prolongada lucha de los pueblos, esos países se han convertido en fuerzas activas de la paz. Luchan contra el imperialismo y el colonialismo, luchan por la libertad y la independencia nacional y se pronuncian por la coexistencia pacífica... Además, en los países capitalistas existen, aparte de los partidos comunistas, partidos socialistas y obreros... que se pronuncian en favor de la paz... Concedamos a los pueblos la posibilidad de optar ellos mismos por el régimen social que mejor responda a sus intereses...» «... Se ha intensificado la lucha de los pueblos de la América Latina contra el yugo del imperialismo norteamericano. Se han puesto en movimiento los pueblos de Asia y Africa. Los pueblos afroasiáticos que han obtenido su libertad nacional quieren decidir ellos mismos sus destinos. Más que nunca necesitan condiciones pacíficas. Las grandes potencias deben comprometerse a respetar sagradamente la soberanía de los pueblos del Oriente árabe y del Africa...»

La guerra fría pone en juego la acción de todos los posibles recursos que tiene a mano el comunismo mundial, con la sola exclusión de la lucha propiamente bélica.

No cabría en los marcos de este breve análisis la debida mención del inmenso engranaje de sistemas y medios y circunstancias que las directivas comunistas están poniendo en práctica en esta fabulosa campaña, implacablemente agresora, de alcance universal. En realidad, se trata de una gigantesca guerra en marcha, en todos los frentes concebibles. Periódicamente van saliendo de Moscú y de otros centros agentes sin número, esmeradamente adiestrados, para dirigir y desenvolver su cometido en todas las zonas del mundo libre. Dentro del extraordinario auge alcanzado en la existencia mo-

derna por las sociedades de masas, la captación y conducción de éstas, por los mejores métodos y técnicas, constituyen objetivos permanentes. De ellas se derivan conquistas básicas. Con el primordial apoyo de los partidos comunistas nacionales, la organización de diversos tipos de frentes de lucha, adecuadamente disfrazados y nominados en armonía con las condiciones locales, permiten aprovechar al máximo las circunstancias de cada país. Con la mira constante en la subversión, vendrán, desde luego, todas las formas de penetración en sectores oficiales y obreros, militares y culturales. Y allí la propaganda múltiple, el sabotaje, el terrorismo, el cohecho, el espionaje y la amenaza, sin detenerse en medios.

Todo este enjambre de operaciones hállase prosperando casi sin interferencias, bajo la cómoda cortina de la coexistencia pacífica y a la sombra de las imperturbables garantías ofrecidas por las instituciones ingenuamente liberales de los propios Estados sometidos a esta agresión.

Esta circunstancia nos permite consignar una consideración en torno a la cual surge de bulto que los Estados de Occidente se hallan ante un apremio imperioso de reflexionar sin demora. Y es el hecho que las democracias, al comprometer en tan grave manera la estabilidad de su sistema, poniendo en inminente riesgo su existencia y la de las instituciones que ampara, están faltando a elementales obligaciones para con los asociados que hubieron de organizarse en un estado de tal índole jurídico-política. El poder público debe a ellos no únicamente la garantía total de la vigencia de los derechos definidos como base de su sistema de convivencia, sino la seguridad de su permanencia tranquila y estable. No puede concebirse que al enemigo a muerte que, dentro de la propia casa pone en juego todos los medios para victimarnos, hayamos de entregar el arma homicida, cuando nosotros hasta carecemos de ella.

Es innecesario hacer hincapié en la sustancia de los conceptos o en el contenido real de los enunciados. Parece ocioso, por lo mismo, mencionar que la coexistencia pacífica no se compadece con la conspiración permanente, con la agresión multiplicada.

Frente a los hechos, será también una invocación extemporánea, sobre todo cuando el adversario ha avanzado por todos los frentes y va tomando posiciones claves dentro de sus objetivos, y, aún más, cuando por no pocos indicios, en las horas actuales pareciera que se halla muy cercana en una amplia escala la culminación del proceso lento pero seguro de las conjuras comunistas.

Por eso es urgente un concierto de las naciones libres a fin de que acuer-

LA COEXISTENCIA PACÍFICA

den suspender enérgicamente sus procedimientos de suicida tolerancia. Y es impostergable, además, no retroceder en la resolución de poner término a las llamadas concesiones estratégicas, consolidando cuanto antes la unificación mayor, hasta asegurar la firmeza y la cohesión necesarias para las graves decisiones.

Luis BOSSANO.